

Lith. Arony, p. S^e Honoré, 67

EL SEPULCRO DE N. S. JESUCRISTO

Lot (1); hoy generalmente se le llama MAR MUERTO, nombre que corresponde perfectamente á su tristísima fisonomía. Sus playas están cubiertas de una especie de betun pegajoso, y este mismo se percibe aun en las piedras que continuamente son bañadas por las aguas. Químicos aventajados antiguos y modernos nos han dado el análisis completo de estas, y demostrado que tanto su calidad como sus efectos son resultado de las sustancias que contienen. Un vapor pesado se levanta de su seno continuamente, el olor de sus contornos no es el que se respira en las playas de los otros mares, sino fuerte é incómodo, el gusto de sus aguas es detestable, y en mí provocó náuseas; lo encuentro aun peor que el de las sales químicas mas amargas desleídas en un poco de agua: hacen sufrir por largo tiempo al paladar desagradables sensaciones, y mucho mas al estómago todavía. No encontré ningun ser viviente en sus alrededores, ni los descendientes de las golondrinas que dice Volney haber visto, pues que morirían probablemente luego que tomaron aquellas aguas *para confeccionar con ellas sus nidos*; ni los patos del Dr Lynch, que habian venido sin duda de los bosquecillos del Jordan, donde existen en gran número y haciendo de vez en cuando sus excursiones hasta las playas del mar, para recoger los insectos que se crían entre la sal que las cubre.

Observaciones hechas por diferentes naturalistas han probado que los pescados llevados al mar Muerto mueren luego que son echados allí, y que los pececillos que asomaron alguna rara vez en sus orillas habian sido arrastrados por la creciente del Jordan cerca de cuya embocadura fueron vistos, y no producidos en el seno del mismo mar. Nada puede compararse con el aspecto que ofrece en este la naturaleza muerta; esa inmensa masa de aguas casi inmóviles del todo, las montañas de arena que las circundan por todas partes, el silencio profundo que reina en sus alrededores y la ausencia de todo ser

(1) Barrei-Louth.

cro de san Sábás; yo les observé que habia visto en Venecia las cenizas de este santo; me replicaron que efectivamente habian sido trasladadas á aquella ciudad, pero que presto las tendrian de nuevo allí. Me condujeron en seguida á la celda de san Juan Damasceno, me señalaron en ella la mesa donde escribió sus libros admirables y el tintero que le sirvió para el mismo objeto; uno y otro mueble escasamente podrán tener dos siglos. «¿Dónde está su cuerpo? pregunté á los monjes. — No está aquí,» me respondieron. ¡Cosa singular! parece que san Sábás y el Damasceno, los dos hombres mas célebres de este antiguo monasterio, lo abandonaron cuando el cisma entró á ocupar en él el asiento de la caridad. Innumerables grutas, cavadas en las rocas y en las que un hombre recostado cabe escasamente, se ven por todas partes, no solo dentro sino tambien fuera del convento; todas estuvieron ocupadas durante cinco siglos, y su número tan crecido manifiesta la verdad del hecho prodigioso que leemos en las crónicas de la Iglesia católica de Oriente, á saber: que mil monjes vivian en este monasterio en tiempo de su abad san Sábás. En una capilla se exhiben infinitos huesos humanos, que parece pertenecen á los anacoretas y ermitaños que los Arabes han muerto en diferentes épocas; mas, poco escrupulosos los monjes, segun se dice, mezclan con las reliquias venerandas de los mártires los despojos de otros individuos muertos en el cisma y colocados en los altares por la declaracion de los obispos, segun se acostumbra en las Iglesias disidentes del Oriente.

Tres horas despues de dejado el monasterio de San Sábás llegué á Belen: esta pequeña ciudad, de tantos atractivos para el espíritu, colocada en medio de colinas y de valles, ofrece un aspecto agradable; sus campos, divididos por murallas de piedra, están mejor cultivados que los otros de Palestina, y las higueras y los olivares abundan en sus alrededores. Pisando esta tierra donde apareció la bendicion del Cielo, recordaba las escenas inocentes que nos ofrece la

historia de los patriarcas, el cuadro admirable del caritativo Booz, el candor de Ruth que recoge espigas, el sencillo David que apacienta los rebaños de su padre, y la tierna Raquel que interrumpe con lamentos el silencio de la noche, llorando la muerte de sus hijos. Yo no vi las ruinas de Ramá, donde aquella madre afligida hizo oír sus gemidos, pero tenia delante otras que me las dibujaban perfectamente, y donde otra madre venida de Roma suspiró tambien como aquella: son las que aun se perciben del famoso monasterio de Santa Paula. En sus inmediaciones se levanta el gran templo dedicado al Nacimiento del Verbo Divino, y que contiene la gruta donde nació hecho hombre para habitar entre los hombres: su construccion es en forma de cruz, y sus naves están sostenidas por cuarenta y ocho columnas de mármol de diez y ocho piés de alto cada una. Los mosaicos y frescos con que la decoraron tantos reyes cristianos aun se dejan percibir, como los últimos rayos que despide el sol al ocultarse entre los nubarrones de la tormenta: si esta iglesia, que fué ántes exclusivamente de los Latinos, estuviese en otras manos, seria sin duda bella, y su esplendor en nada inferior al de las mas suntuosas de América y Europa. Mas sucede lo contrario: los Griegos la usurparon á los Latinos, y dividiéndose de ella con los Armenios, dejaron á los musulmanes la nave principal, que les sirve de bazar para hacer sus ventas de artículos de comercio.

Á mano derecha del templo tienen los Griegos un monasterio de monjes Basilios que hacen el servicio de su comunión en los santuarios, y contiguo á este otro los Armenios. Á la izquierda existe el convento de Franciscanos, y en él hospedan gratuitamente á los Europeos que llegan á Belen.

La gruta donde nació el Salvador sirvió en tiempo de este, como las otras que vemos hoy en los contornos de Belen, de establo á las bestias y á veces de refugio á los labradores en la estacion de lluvias. En los lugares altos, como Jerusalem, Nazareth y Belen, estas grutas son abrigo-

das y libres de humedad; no es extraño pues que la Virgen María, no encontrando posada en la ciudad, entrase en una para abrigarse en la estación mas lluviosa y cruda de Palestina, cual es el mes de diciembre. El Dr Schubert ha vindicado victoriosamente la autenticidad de la gruta de Belen que algunos de sus correligionarios pusieron en duda, sin dar para esto mas razón que presunciones (1). Para los católicos existían ya otros testimonios que consignan la Historia de la Iglesia, las obras de los SS. Padres, los monumentos eclesiásticos y la tradición no interrumpida de diez y nueve siglos. Esta gruta es común para todas las creencias desde el año de 1847, en que el sultán lo declaró así, favoreciendo á los Griegos, que ántes podían visitarla pero no celebrar en ella sus oficios. Tiene dos entradas que la comunican con la capilla católica de Santa Catalina y con la de los Griegos. Por aquella entré yo: bajando largas escalas, atravesando callejones estrechos y tortuosos abiertos en la piedra, y pasando sucesivamente varias capillas y monumentos que despues visitaré, llegué á la gruta de la Natividad, que por su belleza y luz me hizo recordar la Jerusalem viviente que vió el profeta de Páthmos descender del cielo iluminada con la claridad de Dios. *¡Gloria á Dios en las alturas, y paz en la tierra á los hombres de buena voluntad!* me parecía oír penetrando en esta gruta, mansion del resplandor eterno. En su fondo hácia el Oriente ví un círculo de plata, las señales de una estrella que lo cubrió ántes, y en su alrededor escrito con grandes letras de oro: « HIC DE VIRGINE MARIA JESUS CHRISTUS NATUS EST. Una losa de mármol blanco sostenida por aiosos pedestales forma un altar sobre este lugar santo. Quince lámparas de plata arden perennemente, y entre todas sobresale por su hermosura una obsequiada por Luis XIII, rey de Francia. Á pocos pasos hácia el Mediodía estuvo el pesebre en que fué reclinado Jesus recién nacido: á este sitio

(1) *Reis in das Morgenland*, tom. III.

mas bajo que el resto de la gruta se descende por dos gradas. Es una especie de bóveda formada naturalmente en la piedra y cubierta de ricas colgaduras de seda; en el sitio donde estuvo colocado el pesebre se ve un altar de mármol blanco y sobre él una magnífica pintura de la escuela española, puesta en un cuadro de plata macizo, y que representa á los pastores adorando al niño Dios recién nacido. Frente á frente del pesebre está el lugar donde la tradición constante de los fieles coloca á María con Jesus entre sus brazos durante la visita de los Magos. Los reyes cristianos consideraron siempre como su deber adornar el pesebre de Jesucristo con lo mas precioso que poseían; de aquí proceden las ricas ofrendas que han venido á amontonarse en esta sagrada gruta. Sus preciosas colgaduras y sus hermosos tapetes, sus lámparas y sus blándones se cambian cada semana, para alternar de esta manera los que han presentado diferentes soberanos. Toda la cueva está revestida con mármoles, alabastros y pinturas: en cada uno de estos dos últimos santuarios arden tambien muchas lámparas y otras muchas mas están distribuidas en toda la extensión de la gruta principal, que tiene treinta y siete piés y medio de largo, once y tres pulgadas de ancho y nueve de alto. Pero todo este esplendor nada vale para el corazón que se alimenta de otras imágenes todavía mas grandes, mas sublimes y que en belleza exceden infinitamente á todo cuanto puede representar el ingenio mas aventajado. El Criador de todos, hecho hombre por amor al hombre; el Verbo del Padre, que todo lo sostiene por solo su querer, hecho niño; y el resplandor del Cielo, que viste de hermosura á las obras de sus manos, envuelto en pobres pañales: ved ahí el espectáculo que allí se contempla y el que con mas precisión da idea de la bondad de Dios y de la dignidad del hombre. Las ofrendas que los Magos pusieron á los piés de este Dios hecho niño explican los movimientos del alma mejor que las palabras. ¿Ni qué podrá decir nuestro pobre corazón meditando estos prodigios inefables?

Dije que existió una estrella de plata colocada por los católicos en el lugar donde nació Jesucristo; sus inscripciones latinas eran título que no admitía contradicción de los derechos de aquellos para la posesión del santuario, que les disputaban los Griegos. En diversas ocasiones habían pretendido estos robarla; así lo manifestaron los clavos encontrados flojos y las abolladuras mismas de la hermosa pieza golpeada durante la operación. Al fin el robo se realizó, y la estrella desapareció una media noche (1), para no ser ya vista jamás, sino por los que la entraban procesionalmente y como en triunfo por la puerta del monasterio de San Sábás.

Algunos monumentos venerables rodean la gruta del Salvador, y prescindiendo del que se ve en la capilla subterránea de los Inocentes, los otros guardaron los despojos de personas insignes que vinieron á buscar desde tierras lejanas la gruta donde el Salvador nació, y á descansar postrados al pié de su pesebre. La capilla de los Inocentes es una cueva contigua á la del Nacimiento, y en la que aseguran algunos escritores que fueron arrojados los tiernos cuerpos de los niños sacrificados por Heródes, empeñado en hacer morir á Jesucristo. Saliendo de esta se sigue un oscuro callejón que conduce al oratorio de San Jerónimo, y es el aposento en que aquel doctor insigne trabajó su versión Vulgata de la Santa Escritura, que la Iglesia declaró auténtica. Allí vivió treinta y ocho años, trabajando constantemente con el espíritu en la meditación, y con el cuerpo y el espíritu en la redacción de sus obras admirables. De este oratorio sigue otra capilla donde se ve su sepulcro, y á su lado el de su célebre discípulo el abad Eusebio; frente á estos los de dos matronas ilustres, descendientes de los Gracos y de los Scipiones, santa Paula y su hija Eustoquio: ambas dejaron los placeres de Roma para vivir y morir en Belén practicando las virtudes monásticas. Esta capilla encierra fuera de tantos monumentos cé-

(1) 11 de octubre de 1847. *Question des Lieux Saints.* (M. Boré.)

viviente, producen el espectáculo mas triste, y que no podrá explicarse sino poniendo delante aquel cuadro de desolacion que nos representa el libro del Génesis en estas pocas palabras: « El Señor llovió azufre y fuego sobre Sodoma y Gomorra, destruyó estas ciudades y todo el territorio al contorno, todos sus moradores y todo lo verde de la tierra (1). »

Este país, « el mas salvaje que puede presentar la naturaleza, » como lo llama con razon Volney (2), fué el lugar donde existieron aquellas ciudades nefandas que arrasó Dios con sus moradores, sus campos y cuanto les pertenecia, destruyéndolas con un diluvio de fuego, y envolviendo con ellas en las llamas tres poblaciones mas, cómplices de sus delitos abominables. Antes del terrible castigo con que hirió Dios á Pentápolis, era él tan fértil, y sus bosques, sus huertos y sus jardines regados por el Jordan eran tan deliciosos, que la Escritura los encuentra muy superiores á las vegas feraces del Egipto, y los llama *Paraiso del Señor*. ¿Y qué es ahora todo este país? No respondamos nosotros; no digamos lo que vieron nuestros propios ojos; responda otro que nadie podrá llamar preocupado, oigamos á Volney: « Nada verde se ve en las inmediaciones de este lago;... la tierra toda impregnada de sal se niega á producir plantas, y aun el aire cargado de vapores, de azufre y de betun no puede convenir á la vegetacion. De aquí el aspecto de muerte que reina en su rededor (3). » De suerte que podríamos decir que la reprobacion no solo confundió en el abismo de las aguas á la bella Pentápolis con sus ciudades y habitantes, sino que vive estampada aun sobre las comarcas vecinas.

Algunos creyeron haber visto las ruinas de estas ciudades, y Volney mismo, que desconoce la mano de Dios, cas-

(1) Cap. XIX.

(2) *État politique de la Syrie*. — Lamartine no obstante, encontrando en él inspiraciones poéticas, lo compara ¡á los lagos mas bellos de la Suiza!

(3) *Idem*, cap. II.

tigando los delitos de Sodoma, Gomorra, Seboin, Adama y Segor, se adhiere á las relaciones de los viajeros que miraron sus escombros. Hoy estos no se ven, ni nada mas se encuentra en sus playas y campos vecinos que terror, desolacion y la viva imágen de la muerte.

Tomando desde el mar Muerto la direccion de San Sábas, tuve que atravesar la parte oriental del desierto, entre cuyos cerros en el lugar mas espantoso se ve como incrustado sobre elevadísimas colinas el monasterio de aquel santo. Para llegar á este anduvimos ocho horas, durante las cuales no encontramos mas que peñas, ni vimos sino arena, rocas escarpadas y profundos precipicios; ni un solo hombre, ni una sola planta, ni una ave, ni aun de aquellas solitarias que interrumpen de cuando en cuando con sus gemidos el silencio profundo de otros valles, vien esta larga travesía. San Sábas, considerado como el padre de los monjes de Palestina, fué el fundador del antiquísimo monasterio que hoy habitan cuarenta religiosos griegos disidentes de la órden de San Basilio. Cuando nos acercamos al monasterio, cerrado con muros y fuertes torreones, dejaron caer de la torre una cuerda atada á la que habia una canasta: en esta puse una carta del patriarca cismático, en que me recomendaba al abad del monasterio; sin esta circunstancia la entrada en él á nadie se permite. Despues de haber pasado dos puertas fuertísimas y bajado muchas escalas hechas en la roca, llegamos al fin al claustro, donde ví algunos monjes que leían sentados unos á la sombra y cavaban otros el suelo, no sé con qué objeto; algunos mas trabajaban arriba del cerro á un lado del monasterio, componiendo el camino. El edificio no es regular, pues está construido sobre una serie de escalas formadas en la piedra de las colinas, y que se comunican unas con otras por medio de puentes, ramblas y escaleras. Las celdas son estrechas, á excepcion de aquellas que están destinadas para recibir á los huéspedes. Dos monjes me condujeron al sepul-